

Tras su muerte, la humanidad nos seguíamos preguntando *quién era este hombre*. No estaba resuelta la pregunta aún después de todo. Hemos ido formulando conclusiones, fruto, por un lado de nuestras experiencias de encuentro con él pero también de tantas e interminables discusiones. Pero por debajo de todo ello, sabíamos lo que era Verdad porque lo que es verdad resuena dentro, no depende de como la formulemos. Y hemos acertado en concluir lo siguiente:

Jesús es la Palabra del Padre que vino hace más de 2000 años y sigue viniendo cada día a ayudar a las personas a descubrir que «el Amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones» (Romanos 5,5). Es **esencialmente** relación con el Padre y con el Espíritu Santo, con quienes es y vive como en una comunidad de Amor, desde donde fue enviado a encarnarse y hacerse hombre para entrar en diálogo con cada uno de nosotros, de tú a tú.

En los Evangelios, un poco antes

Un poco antes de todo este desarrollo, vemos a Jesús abierto a la relación con los otros sin distinción ni acepción de personas. Encontramos tres grupos de personas cercanas a Jesús en su vida pública y con las que mantiene frecuente relación: los discípulos y discípulas, “la gente” que acudía a Él y los adversarios que criticaban su forma de actuar poniendo en duda su autoridad. De hecho, se podría dividir en dos todo el texto del Evangelio: por un lado, las escenas y pasajes en las que **alguien acepta a Jesús** y, por otro, las escenas y pasajes donde **alguien niega a Jesús**, o no acepta su mensaje.

Los pastores (Lc.2,15); Juan Bautista (Mt 3,13); Simón, Andrés, Santiago Zebedeo y Juan, el tentador (Mt,4 y ss) son ejemplos de estas relaciones.

Entre los pasajes de aceptación destaca **el sí de María**, que ante la visita y el anuncio del Ángel acepta a Jesús -es la forma que hemos encontrado para expresar

el que este niño se recibe de Dios (como todo lo que en nosotros es Verdad)- y la tarea que a ella le corresponde en el plan de salvación, o lo que es lo mismo, de plenitud.

Al empezar Jesús su vida pública, en seguida llama a sus discípulos (Mc.1,14-20), a los que se van sumando varios seguidores y seguidoras. Algunos dejan todo para ir con Él y ayudarle en su tarea de anunciar que el Reino está cerca. Era ese el centro de su mensaje.

**Son testigos** de lo que hace y dice, de su forma de relacionarse con las personas que le seguían, y nos cuentan cómo priorizaba a los enfermos, a los recaudadores de impuestos, a las prostitutas, a todos los que estaban marginados por la sociedad.

En estas relaciones destacan algunas características:

Es **fiel al Padre** que lo ha enviado, tiene una fuerte conciencia de enviado en todos los momentos de su vida y también es **fiel a sus amigos y amigas**: “lloró ante la tumba de Lázaro”.

Es **paciente**, sabe **respetar el ritmo de cada persona**, de los apóstoles, de las discípulas y discípulos.

Es **empático**, se mete en la piel del triste, del solo, del pecador, no se queda indiferente, sale al encuentro del otro y da lo que necesitan, salud, comprensión, perdón.

Las relaciones de Jesús son sanadoras

Sanadoras por el amor, sanadoras de misericordia, de comprensión y de perdón. En definitiva, Jesús, es una persona relacional, hemos llegado a decir que es *el Hijo de Dios que se ha hecho hombre* para “ser uno más entre los hombres”, para anunciar



a cada persona la salvación. Esa ha sido su tarea y su misión mientras estuvo en la tierra.

por *Concha Notario, rmi*